

## BIBLIOGRAFÍA

*Philippe II. Une tenebreuse affaire.* Por LUIS BERTRAND, de la Academia Francesa.—Paris, Bernard Grasset, 1929.

En relación con este libro cúpome la doble satisfacción de recabar sobre él la atención de nuestra Academia en sesión de 25 de octubre de 1929 y de recibir de la Corporación, en consecuencia, el encargo de redactar la presente nota bibliográfica para su inserción en el BOLETÍN; honor éste que no es frecuente. Bien lo merece la obra, una más en la larga serie de publicaciones históricas de su autor y continuación espiritual de *Philippe II à l'Escorial*, que alcanza ya la edición decimoséptima, y en la cual nuestro ilustre Correspondiente inició su loable propósito de estudiar “la enigmática figura” del fundador de San Lorenzo prescindiendo de *la foule de préjugés arriérés* que tradicionalmente, según él, la rodean en el concepto público francés. En el europeo, podríamos ampliar nosotros.

Sería injusto discernir a Mr. Bertrand la primacía en la lenta pero ya extensa y profusa labor de rehabilitación de la memoria del Prudente, que otras plumas extranjeras vienen realizando con más desinterés y menos obligación que las españolas. El recuerdo de los nombres de Gachard, de Paris, del Marqués de Prat, de Ruble, de La Ferrière, de Morel Fatio, de Bratli, entre otros, que más o menos adrede le precedieron en ella, bastaría para rebatir el aserto. Pero lo que singulariza la obra del autor de ambos estudios no es sólo la franqueza con que abiertamente hace la causa del calumniado Monarca sino el

atractivo tono de divulgación, de amena y propicia vulgarización del personaje, de su país y de su época, merced al cual el beneficio del intento reconstructor se centuplica y esparce mucho más allá de la reducida esfera de los investigadores, especialistas y eruditos. Felicitémonos del noble empeño. Los prejuicios contra Felipe II y contra *su* España han calado de tal modo, durante siglos de contumaz hispanofobia, el subsuelo de la conciencia universal, se han incorporado tan pegajosamente a las nociones elementales del conocimiento de nuestra historia durante generaciones y generaciones, y han sido, por desgracia, tan bellamente patrocinados por la literatura y el arte extranjeros, que serían ineficaces todas las probanzas de archivos y la contrición de todos los sabios si beneméritos divulgadores, autorizándose con ello, no tomaran a su cargo el empeño de desvirtuar ante el gran público los consolidados errores y extirpar los enquistados convencimientos.

El “tenebroso asunto” o “proceso” que nuestro autor estudia y narra es el “affaire”, como hoy diríamos en jerga afrancesada, de Antonio Pérez: aquella “especie de duelo que, durante cerca de veinte años, en medio de las más extraordinarias peripecias, se sostuvo y se eternizó entre el temible Felipe Segundo y el no menos temible secretario”. Huelga, por tanto, consignar que, además de las figuras de ambos *duelistas*, muévense en el libro, con marcado realce, Escobedo, la Princesa de Eboli, don Juan de Austria, Lanuza; y a nadie maravillará que, dada la filiación ideológica del escritor, sus convicciones personales, visiblemente derechistas, trasciendan a la obra en el enjuiciamiento de cada uno de estos personajes. Esto, más que un defecto, es una excelencia para quienes entendemos que la Historia, obra de hombres y escrita para hombres, no debe confundirse con el índice inexpresivo de un fichero de papeletas.

Recientemente, el propio Bertrand, en un artículo *A propos des manuels d'histoire*, publicado en *Le Figaro* (4 noviembre 1929), ha desarrollado su criterio acerca de lo que ha de entenderse por verdad histórica; y, partiendo de la afirmación de que todo hecho histórico está sujeto a revisión, y de que es una aberración aplicar a ciencia tan esencialmente humana como

la Historia los métodos propios de las ciencias puramente mecánicas, sostiene que no hay historiador completo si no amplía y perfecciona la aportación de datos, obtenidos mediante métodos científicos, con “una adivinación análoga a la del artista”. Y, después de mofarse donosamente de quienes publican tomos de novecientas páginas para demostrar que nada se sabe de la cuestión en ellos tratada, ensalza en los historiadores, principalmente, el don de la intuición histórica; no entendiendo por tal “una imaginación loca que a su capricho deforme los hechos, sino un sentido exquisito de lo real, contenido por un severo método y apoyado sobre la más vasta información”. Pero ni aun dentro de tal sistema tiene Bertrand la pretensión, ni él cree que deben tenerla los demás, de haber llegado a una “verdad histórica absoluta e incontestable”. Basta con haber conseguido formarse en cada caso una “opinión” sobre él, y decir acerca del particular lo que le parece más justo y más razonable.

Y el libro que comento es la sugestiva y clara exposición de lo que al ilustre miembro de la Academia Francesa le parece más justo y razonable —razonándolo con notoria maestría— en relación con el conflicto entre el Rey y el Secretario. Para él, después de reconstituír la figura moral de Felipe II, es moralmente imposible que el Monarca diera la orden de asesinar a Escobedo. “Siendo *quien era* —afirma y lo subraya— *no pudo* matar a Escobedo.” Para él, por tanto, es visiblemente sospechosa la carta, publicada por Antonio Pérez, en la que el Padre Chaves exculpa a éste, declarando no haber falta en el súbdito que mata a otro por orden de su soberano. Para él, como para toda la crítica imparcial, son una leyenda los amores de Felipe II y la Princesa de Eboli, tenida generalmente por loca en sus días. Y sobre esas bases, estudia la fusión de las dos impacientes ambiciones de la Princesa y de Pérez, unidos a la vez por criminal pasión, para ir desarrollando a los ojos del lector los episodios todos de la dramática lucha entre el Rey cauteloso y el taimado hijo de Gonzalo Pérez.

Síntesis de tal exposición, los párrafos finales concluyen que si, en todo lo fundamental de los hechos, Felipe tuvo de su

parte la razón y la justicia, cometió una trascendental equivocación de conducta porque sus aparentes vacilaciones, sus debilidades, diéronle apariencias de perseguir en el proceso de su secretario una venganza personal, rodeando inmerecidamente a éste de un compasivo ambiente de simpatía. Pero aun esos mismos errores del Monarca hallan explicación en el análisis de su carácter. “El servicio público, el servicio de Dios, deben a sus ojos pasar por delante de todo lo demás”, y a ello sacrifica el príncipe sus ideas personales, sus gustos, sus sentimientos, sus afectos. Por eso, aunque Felipe tiene los máximos motivos para querer mal desde un principio a Pérez y a la viuda de Ruy Gómez de Silva, dilata años y años su castigo atendiendo a consideraciones de orden público, a respetos meticulosos de la legalidad, a miramientos de clase debidos a la jerarquía social de la Princesa. Sus escrúpulos de conciencia hacen los máximos esfuerzos por evitar el escándalo en torno a la revoltosa dama, y en cuanto a su amante, “que muy probablemente le ha traicionado con los flamencos, que en todo caso ha traficado en sus funciones, que ha revelado secretos del Consejo de Estado, que le ha inspirado falsas sospechas contra su hermano y que quizás ha envenenado a éste”, y a quien, en fin, se acusa de toda una serie de crímenes, se limita por análogos desasosiegos del ánimo a arrestarlo, a confinarlo por dos años en una fortaleza, hasta que, primero, la osadía de Pérez amenazando al Soberano de complicarle en el asesinato de Escobedo y, después, el desastre de *La Invencible*, fracaso en el cual el piadoso señor ve el castigo celestial de sus lenidades y flaquezas, le deciden al máximo rigor contra el vasallo rebelde, aliado de los herejes de Francia, que bien pronto iba a pactar con el Bearnés y con Isabel de Inglaterra.

Bertrand, a pesar de todo, no se siente atraído por gran simpatía personal hacia el vencedor de San Quintín. “Sin duda —confiesa— parece difícil amarle; este altivo y misterioso personaje impide toda familiaridad.” Distintas costumbres, ideas opuestas en algún punto, exceso de recuerdos atroces, alejan del regio biografiado a su biógrafo, que así paladinamente lo declara. Pero, de todos modos, “su memoria —dice el autor— impone respeto”; y el historiador-crítico, que sin duda emprendió

el análisis del *affaire* temeroso de hallar en él algo que impidiera a su conciencia de creyente y de hombre honrado hacer justicia al Rey Católico, termina su obra serenándose a sí mismo con la afirmación de que “con toda tranquilidad” cabe admirar en el fundador de El Escorial “el gran cristiano que fué”. Congratulémonos de que esta nota de imparcialidad se sobreponga noblemente a la prevención adversa, bien trasparente a veces, advirtiéndose claramente el esfuerzo que Bertrand hace para sacudirse añejos tópicos y desprenderse de consuetudinarios convencionalismos. No es de extrañar que así sea, ya que tal proceder concuerda con el pensamiento rector de los estudios del notable escritor en relación con nuestra patria. Con razón dice en el capítulo *Catharsis ou purgation préliminaire* lo difícil que es en Francia prescindir de los prejuicios antiespañoles, alimentados por una pedagogía rutinaria y una literatura de partido, prejuicios que en su sentir son inextirpables “mientras nuestros manuales escolares y gran número de gruesos libros de historia no hayan sido solemnemente quemados en los altares de la crítica histórica”.

A arrimar leña para la hoguera en que tal holocausto debe verificarse en homenaje a la Verdad, contribuirán poderosamente libros tan concienzudos, salvo disculpables deslices de detalle, como el que tengo la honra de extractar. Más que honra es patriótica ufanía. Porque no estamos acostumbrados a leer en lengua extraña afirmaciones como algunas de las de Bertrand. “Aparte de la España de *Carmen* y de la del *Ultimo abencerraje*, la de los gitanos y la de los moros —es decir, todo lo que no es España, observa agudamente—, no queremos conocer de ella nada más.” Y después de señalar cómo en la *Historia de Felipe II* por Forneron (y antes ha rebatido yerros apasionados de Mignet) ha encontrado “todas las disposiciones caprichosas y todas las prevenciones contra España y contra el soberano que ha encarnado mejor su genio”, rebate en párrafos vibrantes las críticas de quienes, por ejemplo, con olvido de las realidades históricas de la época, siguen viendo en el español un pueblo sucio, que por horror a los baños destruyó las termas árabes, y ensalzan a los moros como una raza bien lavada y de espíritu selecto y

cultivado. Con tales *partis-pris* —tiene razón Bertrand— es de todo punto imposible entender la política ni los grandes caracteres españoles. Porque, lo diré con sus propias palabras, “un historiador convencido de antemano de que los españoles son un pueblo estúpidamente fanático, sucio, perezoso, enemigo de la cultura y del ingenio, interpretará todos los hechos de su historia en el sentido más desfavorable”. Y en la primera ocasión, deduce, la latente animosidad falseará indeclinablemente las lecciones que de los mismos hechos se desprendan.

Que el alto ejemplo del autor comentado perdure y arraigue. Sólo penetrando como él lo hace en la psicología y en la conciencia de Felipe II, *poniéndose en su lugar*, por decirlo así, y dando al aire la leal exposición de sus hechos y sus resoluciones, es como podrá ir recomponiéndose en la persuasión universal la verdadera estructura espiritual de aquel Monarca que, más que sentimientos personales, servía en la política exterior e interior lo que era entonces el interés de su país. Ciertamente era el Defensor de la Fe, pero a este título —ya lo dice Bertrand— tenía también sobre sí la defensa de grandes intereses materiales de su nación. Y bueno es que se vaya reconociendo, como en este caso, que cuando Felipe arremete contra hugonotes, contra musulmanes, contra moriscos y contra sus simpatizantes y favorecedores de dentro y de fuera, no es sólo “porque él tuviera horror de tales heréticos o infieles”, sino porque, justificadamente, los consideraba “como los destructores de la monarquía española, como los peores enemigos de España y de lo que entonces se llamaba la Cristiandad”. Habría, pues, faltado a su deber de Rey cristiano y español si hubiera hecho otra cosa.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.